

Eg.—¡Germen de hijos que con ansia anhelo!

Med.—¡Por los dioses, ¿hasta hoy sin hijos has pasado la vida?!

Eg.—Sin hijos somos, por capricho de un numen.

Med.—¿Casado no eres? ¿Con tu esposa no vives?

Eg.—No del tálamo estamos privados.

Med.—Y, ¿qué Febo te dijo tocante a hijos?

Eg.—Sapientísimo es su oráculo para que el hombre lo comprenda.

Med.—¿Lícito es conocer el dicho del dios?

Eg.—Cierto, como que exige una mente sabia.

Med.—¿Qué te dijo? ¿Puedo oírlo? Decláralo.

Eg.—Me manda no soltar el pie que del odre sale...

Med.—Y eso ¿antes de qué?, ¿de qué país viniendo?

Eg.—Antes de retornar al hogar paterno.

Med.—¿Y qué causa has tenido para llegar a esta tierra navegando?

Eg.—Cierto Piteo hay aquí, rey de Trezenia.

Med.—Hijo, dicen, de Pélope, y muy venerador de los dioses.

Eg.—A ese quiero comunicar el oráculo del dios.

Med.—Como que es sabio varón y muy perito en eso.

Eg.—Y para mí el más amado de los huéspedes.

Med.—¡Buena fortuna entonces, que tu deseo se cumpla!

Eg.—Y, ¿tú por qué con vista tenebrosa, y cuerpo macilento?

Med.—Ah, Egeo, es mi marido el más perverso de los mortales.

Eg.—¿Qué dices? Hazme saber confiada tus amarguras.

Med.—Me ofende injusto Jasón, sin tener causa en mí.

Eg.—¿Qué te hizo? Decláralo más explícitamente.

Med.—A otra mujer tomó para que nos rija.

Eg.—¿No se avergüenza de haberse atrevido a tanto?

Med.—Sábelo bien: hoy soy una afrentada, cuando ayer fui su amada.

Eg.—¿Lo dominó el amor, o se hastía de tu lecho?

Med.—Inmenso amor... ya no fiel a quien le ama.

Eg.—¡Mal ahora tenga, si cual dices, es tan malo!

Med.—Busca para esposa prole de reyes.

Eg.—¿Se la da quién? Completa tu historia.

Med.—Creón, el que esta tierra de Corinto rige.

Eg.—Buena razón para sufrir te queda, oh mujer.

Med.—¡Perdida estoy y de esta tierra me expulsan!

Eg.—¿Y quién? Nuevo infortunio me dices ahora.

Med.—Creón me destierra de Corinto.

Eg.—¿Jasón lo deja? ¡Tampoco lo alabo!

Med.—De palabra no lo hace, pero su mente lo sostiene. Ahora yo te lo ruego, por tu barba, por tus rodillas, ve cual te lo suplico... ¡Compasión, compasión para esta infortunada... y no me dejes desamparada sin tierra a donde acogerme sin amigos que me amparen. Recíbeme en tu tierra, en tu casa, en tu hogar! ¡Que te otorguen los dioses los hijos que anhelas y que tú mismo mueras dichoso! No sabes el hallazgo que en mí haces. Yo puedo hacer, que tus hijos sean muchos, yo sanaré tu mal: bien conozco los medicamentos para ello.

Eg.—Por muchos motivos puedo y quiero concederte esta gracia. Los dioses en primer término; luego, los hijos que codicio y tú prometes que de mí serán engendrados, que es el más grande anhelo a que mi ser todo se inclina. Esto es lo que resuelvo: si vienes a mi tierra, te daré amparo, como que mi norma es la justicia. Eso sí, ten entendido que yo no he de llevarte, pero si tú vas a acogerte, y llegas a mi mansión, estarás en seguro y a nadie he de entregarte. A tí salir de este país te toca: yo a mis huéspedes no debo dar motivo de queja.

Med.—Eso será. Pero quiero la fe de tu palabra y en todo me sentiré dichosa de tí.

Eg.—¿No fías en mí? ¿Qué temor abrigas?

Med.—Confianza tengo. Pero la casa de Pelias y Creón me aborrecen. Da juramento de jamás consentir en que ellos me arrebatan de tu reino, porque tú habrás de defenderme. Que si no me lo juras por los dioses, bien puede ser que de ellos te hagas amigo y a sus ruegos enviados por mensajeros cederás acaso. ¡Yo soy una impotente mujer: ellos tienen riquezas y fausto real!

Eg.—¿Gran previsión expresas, oh mujer! Te place así, no me opondré a hacerlo. Buena excusa mostrar podré a tus adversarios. Tu causa más segura ha de quedar. ¿Dí, por qué dioses juro?

Med.—Jura por la tierra, y jura por el Sol, padre de mi padre, y por la entera raza de los dioses.

Eg.—¿Qué cosa haré y qué dejaré de hacer? Dí.

Med.—Que tú jamás de su suelo has de expulsarme, y que si hay algún enemigo mío que intente arrebatarme, tú no lo dejarás, mientras estés vivo.

Eg.—Juro por Gea, y por la luz radiosa de Helios y por los dioses todos que haré como pides.

Med.—Basta. Pero si faltas, ¿qué pena te imprecas?

Eg.—La que toca a los mortales que hieren la religión.

Med.—Vete feliz. Todo en bien se confirma. Y he de llegar yo misma a tu ciudad muy en breve. Sólo espero ejecutar lo que pretendo y lograr lo que anhelo.

Corif.—(A Egeo que sale): ¿Que el príncipe guía de los caminos, hijo de Maya, te conduzca a tu casa y veas cumplido el deseo

ferviente que te obsesiona. Oh Egeo, bien has mostrado que eres un noble para mí.

Med.—¿Zeus, justicia de Zeus, fulgor de Helios! Oh amigas mías, ahora espléndida victoria habremos de alcanzar sobre nuestros contrarios. Hemos entrado ya por el camino recto. Ahora esperanza brilla: ha de venir la pena sobre mis enemigos.

Este varón por donde nos oprimía la tormenta ha aparecido como puerto de nuestros anhelos: en ese puerto ataremos las amarras de nuestro navío. Iremos a la ciudad y a la fortaleza de Atena.

Voy a decirte ahora todos mis propósitos. Escucha lo que diga: no es para provocar deleite.

Despacharé a uno de mis servidores a buscar a Jasón. Le rogaré que se digne venirme a ver. Cuando haya venido le diré blandas palabras: cómo esas cosas me placen y que está muy bien lo que dispone: sus bodas reales, que me son traidoras, y que son provechosas y gratas resoluciones las tuyas. Entonces le rogaré que mis hijos permanezcan aquí. No es que yo intente abandonarlos en tierra de contiendas, dejándolos en manos de enemigos, sino que haré que engañosamente maten a la hija del rey. Los enviaré llevando en sus manos dones a la novia, con la súplica de que no los haga salir de esta tierra. Un sutil velo y una corona de oro cincelado. Y si ella toma y se reviste el velo, horriblemente perecerá y todo aquél que a esa joven toque. Tales son los ingredientes maléficos con que yo he de untar esos dones.

Y ahora he de mudar de expresiones. Tengo que sollozar por la obra que ha de realizarse en seguida. Hemos de cumplir nuestro destino. Mataré a mis hijos: nadie habrá que pueda arrebatármelos. Cuando haya yo arruinado la casa toda de Jasón, saldré del país, huyendo de la muerte de mis amados hijos y del horrendo crimen que en ella habré perpetrado. ¿Cómo vivir aquí pudiera, amigas mías, siendo ludibrio de mis enemigos?

¡Sea así, sea así! ¿Para qué me sirve vivir? ¿Ni patria, ni casa, ni dónde acogerme en el infortunio me queda ya! ¡Grave error cometí, al abandonar la casa paterna, embaucada por las palabras de un hombre griego! ¡Ah, pero ha de pagar lo que me debe, si un dios me auxilia! Los hijos en que mí tuvo, no ha de volver a verlos vivos y de su nueva esposa no tendrá hijos: mal fin va a tener ella por obra de mis venenos. Nadie me juzgue débil, nadie cobarde, ni demasiado paciente... ¡soy lo contrario: para los enemigos, implacable; toda alma de bondad para los amigos! Vida gloriosa sólo de esto nace.

Corif.—Ya que tal plan nos has comunicado, yo quiero al mismo tiempo ser a tí útil y a las leyes que rigen a los hombres dar apoyo firme: ¡abstente de hacer eso!

Med.—¡No hay otro camino... y tú tienes razón de hablar así: no sufres lo que sufro!

Corif.—¡Pero, mujer, matar el fruto de tu seno!

Med.—Nada hay que más devore el corazón del esposo.

Corif.—¡Y ser así tú la más desventurada de las mujeres!

Med.—¡Sea así! Ya basta. Sobran todos los razonamientos.

Se vuelve a una criada:

—Ve a llamar a Jasón. Tú eres a quien confío todo asunto de confianza. Nada de mis designios comuniqués, si mujer como eres, además a tu señora estimas.

Sale la criada.

194

Coro. Est. 1.—La prole de Erecteo fue de remoto tiempo muy dichosa. Hijos de dioses bienaventurados, mantienen en su dominio sacra región jamás domada, y su alimento es la más luciente discreción y juicio. Viven al dulce aliento de un aire sin sombras y con gracia se mueven en la tierra misma donde la rubia Armonía dio a luz a las nueve Musas, Pierides sacras.

Ant. 1.—Desde las bellas linfas del Cefiso, dicen que Cipris saca las brisas delicadas y refrigerantes que al país besan. Y ella con su guirnalda perpetua de bien olientes rosas despacha a los Amores a que sean el cortejo de la Sabiduría y fomentadores de las virtudes todas.

Est. 2.—¡Cómo, entonces, aquella ciudad de sacros ríos, región en que los amigos hallan su paz y su alegre morada, iba a acogerte a tí, la asesina de niños, la sin piedad, la infame madre? ¡Recapacita en la herida a los niños, recapacita en el crimen que te abruma! ¡A tus rodillas nos abrazamos para rogarte, cuanto hacerlo podemos, no mates a tus hijos!

Ant. 2.—¡De dónde sacarás tú la osadía y el fuerte brío para que tu mano misma ejecute lo que tu mente idea? ¡Podrás, al ver a los niñitos, reprimir el llanto, destino fatal de quien los asesina? ¡No, no podrás dejar caer la mano enardecida de furor, cuando los

veas caídos de hinojos suplicantes ante tí, ni tu osadía ha de mojar en sangre tu derecha!

Llega Jasón con la criada.

Jasón.—Me lo pides y vengo. Aunque adversa te muestras, no he de faltar en esto: he de oírte, mujer, con atención. ¿Qué nuevo asunto de mí pretendes?

Med.—Yo te ruego, Jasón, que perdones lo que ha poco proferí. Sé tolerante de mis arrebatos, ya que tantas muestras de amor nos hemos dado. Yo conmigo misma me puse a reflexionar y a censurarme: “¡Miserá!, ¿qué locura es la tuya? ¿Por qué me he de oponer a justas decisiones? ¿Tratar como enemigos a los que en esta tierra tienen el mando? ¿A mi esposo, que en favor nuestro pretende llegar a bodas con la hija de un rey? ¿Dar hermanos a mis hijos? ¿Debo reprimir mis enojos! ¡Bienes son de los dioses y yo contra ellos me rebelo! ¿No tengo hijos? ¿No somos ellos y yo gente sin patria, sin amigos?”

Tras estas reflexiones me dí cuenta de mi insensatez y de la vanidad de mi alma irritada. Y ahora todo apruebo: has obrado con juicio al buscar este enlace... la necia he sido yo, cuando debiera secundar tus propósitos y colaborar a su realización, servirte en el lecho y agasajar a tu joven esposa lo mejor que pudiera. Pero somos lo que somos, y no es malo lo que digo, mujeres y no más. No debes por lo mismo imitar mis desaciertos, ni oponer niñerías a mis niñerías. Convengamos en todo. Oramos como locos entonces. Y ahora, nuevas resoluciones me gobiernan.

195

Se vuelve a los niños:

—Hijos, hijitos míos, venid; dejad ese aposento. Salid a saludar a vuestro padre, a tratar con él en unión de vuestra madre. Y con ella olvidad la enemistad que le habíamos mostrado. Todo está en paz, ha cesado la ira. Tomad su mano derecha.

¡Ay infeliz de mí, cuando traigo a la mente mis secretos infortunios! ¿Vais a vivir así tan largo tiempo para tender esos brazos? ¡Miserá, me dominan las lágrimas y el temor me repleta el alma! Al mismo tiempo que he dado fin a mi contienda con vuestro padre mis ojos rebosan en llanto.

Corif.—También de mis ojos brota un raudal de lágrimas: no vaya a lamentar yo ahora un mayor infortunio.

Jas.—Esto de ahora alabo y de lo anterior no lamento. Mujer, bien lo sé: tienen que irritarse las mujeres, si su marido otra mujer

escoge. Pero mudaste el corazón. Fue necesario tiempo para que comprendieras lo que más te conviene. Hecho de una mujer discreta. Y a vosotros, niños, no olvida vuestro padre: con el auxilio de los dioses hará para vosotros una situación próspera que os mantenga en salvo. Pienso que un día seréis con vuestros hermanos magnates en Corinto. Creced: el resto toca a vuestro padre procurarlo y a los dioses propicios. ¡Ojalá yo os mirara llegar a plena juventud, superiores en todo a mis enemigos!

Y tú, mujer, ¿a qué ese desbordado llanto que empapa tus blancas mejillas? ¿Por qué no acoges con gozo mis palabras?

Med.—Nada es. Pienso en mis hijos.

Jas.—Ten confianza: yo por su suerte velo.

Med.—Confío, no dudo de tus dichos. Mas la mujer es débil y nació para las lágrimas.

Jas.—¿Por qué tan sin medida lamentas a estos niños?

Med.—Yo los dí a luz. Tú anhelabas su vida y yo compasiva dudaba si iba a ser o no realidad tu deseo.

196

Pero tornemos a nuestro asunto. Una parte te he dicho; debo declarar lo demás. Pues es el beneplácito del rey que yo salga de esta tierra, yo bien entiendo que es lo que me conviene. Me ven adversa y fuera una carga para tí y para ellos en esta casa. Debo partir al destierro. Pero para que los niños sean educados bajo tu mano, pide a Creón que no disponga que ellos salgan de esta tierra.

Jas.—No sé si acceda él, pero debo intentarlo.

Med.—Ruega a tu esposa que ella sea quien de su padre lo alcance.

Jas.—Cierto que sí. Yo tengo por seguro que la persuado.

Med.—Si es que una mujer cual todas ellas. Y yo misma te ayudo. Voy a enviarle regalos que sobrepasen en hermosura a cuantos han visto los hombres de ahora. Bien sabido lo tengo. Un velo finísimo, una corona de oro cincelado que los niños han de llevarle. ¡Ea, pronto. Traiga acá esos dones un siervo!

Ella va a hallar en tí la dicha y miles de dichas, al compartir su lecho con un varón tan excelente y a gozar ahora de estos regalos que son herencia del Sol, padre de mi padre, para sus descendientes.

Toma del criado los dones y los entrega a los niños:

—Tomad, niños, en vuestras manos estos dones nupciales. Llevadlos a la feliz esposa hija del rey: dones son dignos de que se le envíen.

Jas.—¿Por qué, oh insensata, despojas tus manos de ellos? ¿Piensas acaso que está falta la casa del rey de mantos; crees que no hay oro? Guárdalo, no los des. Si mi mujer me juzga digno de ella, a mí preferirá a los dones todos. De eso estoy cierto.

Med.—No eso tú a mí: dones aun a los dioses doblegan, dice el adagio. Y para los mortales es más el oro que muchas palabras. ¡Ella está bajo el favor del destino: a ella la favorece ahora algún dios! ¡Es la nueva reina!... ¡Por evitar el destierro de mis hijos diera yo mi vida, no solamente el oro!

¡Ea, niños, a la suntuosa mansión. Id a rogar a la nueva esposa de vuestro padre, señora mía, suplicadle que no os envíen al destierro y entredagle estos dones... Pero ha de recibirlos ella con sus propias manos! Id, velozmente id, y regresad a vuestra madre a traerle la feliz nueva de que ha logrado lo que ansía.

Entran los niños con el ayo y Jasón va tras ellos.

197

Coro. Est. 1.—¡No tengo ya esperanza de que vivan los niños: su vida ya se extingue; a la muerte caminan! ¡Novia infeliz: al recibir los dones, va a recibir su ruina! ¡Esa desgracia de la diadema de oro que con sus do manos colocará en su rubia cabellera será la que la empuje al Hades!

Ant. 1.—¡El encantador aspecto y el reluciente brillo la moverán a que revista el velo y tome la diadema de oro cincelado... y esa ropa nupcial la llevará al Averno! ¡Es trampa de la muerte, es red en que la Moira hace caer a la desdichada: la tremenda necesidad de morir no ha de evadirla!

Est. 2.—¡Oh esposo desgraciado, yerno de reyes ser quisiste, anhelante de grandeza y eres el criminal que a tus hijos mismos procuras, sin saberlo, muerte y ruina y a la esposa la más fatal destrucción! ¡Infortunado, ignoras lo que ha urdido en tu contra la Moira!

Ant. 2.—¡Me atormenta también el alma tu dolor, oh madre infeliz que serás matadora de tus hijos para vengarte de la injuria que su padre te hizo para gozar de un nuevo tálamo!